

Amor de tres

Vanina Muraro

“Pessoa no puede quitarse la ‘máscara’ de Campos sin arrancarse la piel.” (Bréchon, 1996, pág. 454).

En el marco de un cartel que toma por objeto el nombre propio, el rasgo que tomé fue el de investigar la función del nombre (debería decir los nombres) en la vida y la obra de Fernando Pessoa. En esta ocasión quisiera hablarles del único amor por una mujer que se le conoció al poeta: un amor de tres.

Quizás un amor tenga siempre estructura triángulo, figura que admite la posibilidad de pivotear entre el amante, el amado y el tercero amenazante o excluido. Figura que permite una circulación continua. Pero este amor que voy a comentarles tiene algunas características únicas. Se trata de un romance más epistolar que carnal donde las cartas constituyen su verdadero cuerpo, cuerpo de letra. Sólo contamos con las de él aunque sabemos que han existido las de ella, quien, figura discreta, nunca las dio a conocer a los editores.

Un hombre y una mujer, compañeros de oficina. Él se desempeña como traductor en una empresa de exportaciones e importaciones; ella es un poco más joven. Él está destinado a ser el escritor más famoso de la lengua portuguesa, pero para eso aún falta tiempo. Son dos pero en realidad son tres. El tercero es otro hombre, homosexual, también un poeta, de profesión ingeniero. Desde su aparición no abandonará nunca al primer hombre, pegándose a éste como una segunda piel. Cada vez estará más presente llegando a ser un factor decisivo de la ruptura. Pero además, el tercero es el mismo hombre que el primero. Sí, es así, aunque suene muy extraño: se trata

del amor entre Fernando Pessoa, Ophelia Quiroz y su heterónimo Alvaro Campos.

Fernando Pessoa ha sido objeto de interés de los psicoanalistas debido a sus heterónimos. Todos ellos tienen siempre un origen de letra, una escritura en la cual el propio Fernando no se reconoce, entonces resulta sensato buscarle un autor. Chevalier Pas, cuando tan sólo contaba 5 años; Alexander Search, durante su adolescencia; el trío del maestro y sus discípulos: Caeiro, Reis y Campos y su semi-heterónimo Bernardo Soares, autor del *Libro del desasosiego*.

En los amores con Ophelia también cobra un papel destacado la escritura. La historia se desarrolla en dos tiempos y numerosas cartas. Un primer noviazgo en 1920 y el segundo casi una década más tarde, más breve que el primero. En las misivas, Fernando describe cuestiones menudas, habla de sus noches de vigilia, de sus dolencias, de la *saudade* de no verla durante apenas unas horas. Son cartas pequeñas de un grande. Cartitas casi diarias que entrega personalmente o a través de un empleado de la oficina donde se suceden declaraciones amorosas, quejas acerca de la indiferencia de su amada a quien llama “bebé malo”, “avispa” y confesiones acerca de algunos deseos pecaminosos: “pegar al bebé”, regalarle una silla diminuta donde sentarla, mordisquear a la muñeca, etc. En un tono desesperado, hallamos algunas confesiones esporádicas del abatimiento que habita el poeta, su proyecto de internarse, sus propios diagnósticos acerca del mal que lo aqueja...

El nombre de ella también juega un papel fundamental: Ophelia se llama como la amada-abandonada del personaje más famoso de Shakespeare, el Príncipe Hamlet. La primera etapa de amor se asemeja al romance tormentoso de los personajes de ficción: cartas de por medio, una declaración intempestiva tomada del segundo acto de *Hamlet*. Al amor le sucede un abandono, rayano con el desprecio, -tal como lo hiciera el príncipe de Dinamarca con la joven Ophelia-, aduciendo misteriosas “causas mayores”.

No debemos olvidar que Shakespeare fue uno de los autores que Pessoa leyó en su estancia en Durban, durante su adolescencia. Uno de sus propósitos titánicos fue modernizar los sonetos del bardo.

En esta danza se observa la función de orientación que cumplen algunos nombres en el acercamiento a la mujer (Ophelia- Ophelia -Hamlet-Shakespeare, Ibis, Nininho –dos nombres del balbuceo amoroso-) y el efecto de distanciamiento que tienen el de Álvaro Campos. ¿Y Fernando? Baila una coreografía agotadora que extenúa el cuerpo y lo exige para propósitos más ambiciosos que ni siquiera él puede distinguir.

Cada vez con más asiduidad, Campos interviene irónico en la correspondencia. Inserta una frase ácida en las pueriles oraciones del enamorado. Su oposición a Ophelia se torna cada vez más evidente. Su pluma cortante como tijera se interpone entre ambos. Y en la segunda fase de su noviazgo, Campos se toma el atrevimiento de acudir a la cita de los enamorados, presentándose en el lugar de Fernando ante una cada vez más turbada Ophelia hasta propiciar la ruptura. Álvaro Campos, el tercero, el malvado, es también quien más conoce a Fernando: su imposibilidad de reunir la escritura con el matrimonio. Las dificultades del poeta con un cuerpo que no sea de letra, pero sobre todo, su naturaleza siempre a punto de desmembrarse, que mantenía apenas su unidad a fuerza de constante esfuerzo. Dirá genialmente: “Fernando Pessoa era un ovillo enredado hacia adentro” y percatándose del peligro de desenredarlo demasiado con su aparición lo protege de La mujer.